

**CEREMONIA DE IMPOSICIÓN DE LA ORDEN AL MÉRITO INDUSTRIAL A PANAMCO-COLOMBIA. Bogotá, D.C., 30 de octubre de 2001**

Los dioses viajan en pájaros brillantes. Un día, mientras el sol calcinaba las arenas, de uno de ellos cayó un objeto mágico. Era de un material desconocido, transparente como agua, frío como hocico de animal y duro como roca. Tenía forma sinuosa, como cintura de mujer, y una abertura en un extremo. “Definitivamente”, pensó el asombrado aborigen, perteneciente a la tribu de los bosquimanos, un pueblo nómada del África casi sin contacto con el hombre moderno, “los dioses deben estar locos”. Y así comenzó su aventura por el desierto de Kalahari para devolver el extraño objeto a los dioses, que tal vez podrían enfadarse por su pérdida.

Por supuesto, el simpático nativo, pequeño, ágil y delgado, vestido apenas con un diminuto taparrabo, no sabía que ese objeto precioso era una botella vacía de Coca-Cola, pero su infructuosa travesía para devolverla dio para hacer varias partes de una película que estuvo muy de moda, allá por la década de los ochentas.

El bosquimano pensó que debía entregar la botella en el fin del mundo, donde habitaban sus divinidades, y por eso su camino nunca terminó. Por suerte, para todos los aficionados al líquido oscuro e indescriptible de la coca-cola, no era necesario ir tan lejos.

Así lo entendieron hace seis décadas los industriales paisas Daniel Peláez, Alberto Mejía, José Gutiérrez y Hernando Duque, quienes lograron que *The Coca-Cola Company* les otorgara el derecho de la marca y les suministrara ese famoso y secreto jarabe, más enigmático que el elixir de la juventud, que constituye la esencia del producto, para envasarlo en Colombia.

Gracias a su empuje, comenzó en Medellín, donde han comenzado tantas cosas buenas para el país, la historia de una compañía embotelladora que hoy cuenta con 20 plantas en todo el país y que se ha convertido en todo un modelo de éxito y calidad en nuestro mundo empresarial.

Hace algún tiempo ya, cuando recién comenzaba mi Gobierno, tuve el honor de compartir con Panamco-Colombia la

celebración por uno de los reconocimientos más importantes que pueda recibir empresa alguna, cuando fue catalogada como una de las 100 mejor dirigidas del mundo.

Hoy, más de tres años después de esta distinción, puedo decir con satisfacción que esta empresa continúa siendo un gran ejemplo, no sólo porque mantiene un lugar privilegiado entre las mejores del planeta, sino porque ha demostrado ser una aliada incondicional de la reactivación de nuestra economía.

Ya lo ha dicho Roberto: Panamco-Colombia ha tenido fe en el país y su futuro, y le ha apostado a la confianza en nuestra gente y su potencial. Hoy pueden sentirse orgullosos porque todo el sistema Coca-Cola en Colombia provee más de 10.000 empleos directos y cerca de 50.000 empleos indirectos, expandiendo por las calles, las carreteras, las tiendas y los mercados del país “la chispa de la vida”.

Porque Panamco-Colombia no se ha contentado con hacer empresa sino que también ha querido hacer país. De ahí su vinculación a varias campañas sociales y deportivas, que le

han dado un lugar de preferencia en el corazón de los colombianos.

Aquí está Nohra, quien puede atestiguar del especial entusiasmo que han puesto Panamco y su Presidente, Roberto Ortiz, en su vinculación al programa del Día del Niño. Hoy, con su apoyo, miles de niños en las poblaciones más apartadas del país cuentan con un espacio para recrearse y aprender jugando, a través de las ludotecas que se están abriendo en todos los departamentos de nuestro territorio.

Y en el campo deportivo sí que han dejado huella los patrocinios efectivos de Panamco-Colombia. No más este año respaldaron dos eventos que dejaron una huella indeleble en la historia deportiva del país: la Copa América de Fútbol, de la que hoy somos flamantes y orgullosos campeones, y la expedición Manantial-Everest que puso a ondear el tricolor de nuestra patria en la cima del mundo.

Como Presidente, tuve la feliz oportunidad de despedir a los nueve alpinistas que partieron hacia el Everest y de recibirlos nuevamente en la Casa de Nariño después de cumplida la

hazaña de alcanzar los 8.848 metros de la cumbre por cuatro de ellos. Panamco-Colombia en esta ocasión, más que una empresa, fue una promotora de sueños y “epopeyas”. Gracias a su apoyo, estos colombianos luchadores pudieron hacer de lo imposible un triunfo y de los Himalayas una plataforma a las estrellas. ¡Bravo al Equipo Manantial-Everest que este año subió más alto que las nubes y nos bajó de allá arriba un pedazo de esperanza y de optimismo!

Panamco-Colombia ha sido, entonces, un laboratorio exitoso de las mejores virtudes empresariales, y ha tenido arraigo y compromiso con la gente de nuestro país y con su futuro. Por ello, esta noche, al celebrar sus primeros sesenta años de existencia, me siento muy feliz al imponerle la Orden al Mérito Industrial como el reconocimiento de nuestra nación a su trabajo y su visión.

¡Qué orgullo es para Panamco hacer parte del grupo de empresas que dan un apoyo real al progreso de Colombia!

En nombre de todos los colombianos, felicito a este gran equipo de trabajadores incansables ¡Sigán adelante! ¡Sigán

esforzándose por lograr un mejor porvenir y sigan haciendo parte de la legión de los optimistas, de los que saben que nada puede fallar cuando confiamos en nuestro propio esfuerzo y trabajamos con vocación de patria!

Hoy que han recibido esta condecoración recuerden que Panamco no sólo es Panamco: ¡Es Panamco-Colombia! Su apellido es grande y grande también es el reto de llevarlo.

Apreciados amigos:

Detrás del símbolo rojo y blanco que nos recuerda la magia de un sabor inigualable, detrás de las caravanas de camiones navideños que contagian de alegría nuestros diciembres, detrás de los hermosos comerciales que invitan a vivir y a disfrutar, detrás de ese empaque que el mismo Andy Warhol inmortalizó como el símbolo del arte y la cultura pop, está un producto que ha marcado sin duda -y gracias a la labor continua de Panamco en nuestro país- nuestra vida cotidiana.

Ustedes han sabido dejar en generaciones enteras de colombianos huellas que no se olvidan. No sólo ha sido el

progreso que han traído con inversiones, empleo y conciencia social. Es la parte emotiva, que han afianzado con creatividad y constancia, la que hace que todos queramos y sintamos nuestra a Panamco.

Recuerdo que en mis años de adolescencia a los que transitábamos por esa etapa de la vida nos llamaban “cocacolos”, un término que hoy debe sonar muy extraño a los jóvenes de hoy. Pero digo más: la fiebre del momento en mi colegio era un grupo musical: “Los Cocacolos del San Carlos”, al que, obviamente, todos queríamos pertenecer para compartir la murgas con las niñas del colegio vecino.

Eso sí, pocas cosas se equiparan al furor del famosísimo yoyo de Coca Cola. Estoy seguro de que todos los que estamos hoy aquí tuvimos en nuestra mano uno de esos yoyos y le dedicamos tiempo y mucha paciencia a aprender a hacer “la torre Eiffel”, “el perrito caminador”, “el columpio” o “el platillo volador”, y otros más que ya no me acuerdo. Pero jugar yoyo, por fortuna es como montar en bicicleta y jamás se olvida. Eso lo comprobé cuando a mi hijo Santiago le toco su época.

Claro, tengo que decir que él me dio sopa, seco y mejor dicho, ¡hasta Coca Cola!

Ya para terminar este afectuoso recuento de anécdotas y recordaciones que nos ha generado este justo homenaje a Panamco-Colombia, quiero retomar las palabras de un comercial que, más que un comercial, se convirtió en toda una invitación a la unión del país en torno a una causa. Cuando todas las circunstancias parecían estar en contra de la celebración de la Copa América en nuestro territorio, cuando insistí tercamente en el logro de un sueño para todos los colombianos, ¡qué reconfortante era prender el televisor y encontrarme con estas palabras que me comprobaban que valía la pena seguir luchando! ¡Que Colombia es un tesoro de sorpresas que lo merece todo y que tiene todo para dar!

El mensaje, -ustedes lo recordarán-, decía lo siguiente:

*“Adentro, habrá 22 hombres corriendo. Afuera, millones de paralizados. Adentro, habrá 22 países. Afuera, un solo continente. Adentro habrá más piernas que brazos. Afuera, más brazos que piernas. Adentro, habrá un ganador. Afuera,*

*no habrá perdedores. Y cuando la Copa termine, adentro diremos: ¡Qué pequeño es el mundo! Y afuera dirán: ¡Qué grande es Colombia!”.*

Sí, ¡qué grande es Colombia! Afuera vieron lo grandes que somos. Y adentro, no nos quedó ninguna duda. Fuimos campeones, no sólo del fútbol, sino también del civismo y el buen comportamiento. Comprobamos que cuando queremos, todos unidos, ¡podemos!

Yo quiero finalizar estas palabras felicitando de nuevo a Panamco en esta justa celebración. Ojalá cada vez que destapemos una botella llena de burbujas, pensemos en todo lo bueno que hay dentro de ella, cosas buenas como la confianza en nuestro futuro y el amor a nuestro país, cosas buenas como la alegría y la libertad para soñar. Definitivamente ¡“la vida tiene sabor” cuando trabajamos para generarle progreso a Colombia!

Muchas gracias